LAS BRUJAS
LUNA NEGRA

José Luis López Bravo

LAS BRUJAS
LUNA NEGRA

Primera edición: octubre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© José Luis López Bravo

ISBN: 978-84-18828-92-8
ISBN digital: 978-84-18828-93-5
Depósito legal: M-28042-2021

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano, 5
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A ella que me escuchó

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....11
GLOSARIO.....13
LENGUAJE ANTIGUO.....17
CAPÍTULO I.....21
CAPÍTULO II.....45
CAPÍTULO III.....77
CAPÍTULO IV.....95
CAPÍTULO V.....123
CAPÍTULO VI.....141
CAPÍTULO VII.....161
CAPÍTULO VIII.....175
CAPÍTULO IX.....189
CAPÍTULO X.....213
CAPÍTULO XI.....237
CAPÍTULO XII.....265

AGRADECIMIENTOS

Gracias Dios, gracias madre. Un día pedí lo que tanto deseaba y se manifestó de una forma grande. Vi a la familia, los amigos y mi ciudad sentirse orgullosos y apoyaron tanto, que parte del mundo también mostró su aceptación para *Las brujas*.

Una vez más, gracias a mis mujeres por prestarme las letras de sus nombres. Mi esposa, María Esther, mis hijas, Ivanna y Viviana, a quienes entrego mi vida en cada acción. Mi madre hermosa, quien aparece con el nombre de Bravía, y mi padre Juan José, que siempre ha estado pendiente de todo.

A mis hermanas, Diana, Miriam y Paulina. Mis primas, Berenice, Marisol, Mayra, Lucy, quien aparece por primera vez en el reino de las sirenas y forma parte de las brujas de antaño. Laura, a quien agradezco pues es la primera persona que compró, leyó mi libro y la escuché decir que le había gustado, por eso tiene el título de guardiana de los libros.

Con gran cariño para Aimee, a quien una vez más le mando un beso hasta el cielo y que aparece con el nombre de Emia y de quien espero plasmar parte de su esencia.

Juan José, Roberto (mis hermanos), mi primo Juan Manuel, mis amigos Juan Carlos Hernández, Mauricio Sánchez, Heriberto López, don Alfredo Aguiñaga, David Aguiñaga y mi compadre Juan Carlos Hernández, mi eterno agradecimiento.

Mis familias López y Bravo, por tantas muestras de orgullo.

Amigos ilustres, Lupita Dávalos, Beto Quiñones, VICI, Gerardo Nava, gracias por todo el apoyo. Helib, por tus aportaciones

para el periódico y las muy acertadas opiniones. A ti, Gloria Silvia, por siempre hacer de los eventos algo impecable y ser nuestra amiga.

Martha Lucía González, por su calidez y profesionalismo, así como a la corresponsalía de Cultura de San Francisco del Rincón y el presidente municipal Javier Casillas Saldaña. Ireydisa, por todo tu apoyo. Lulú Valerio, Verónica Valadez, Lucy Godinez, Alex Marún, Marco Alvarado, Arturo Hernández, Emiliano Trujillo y Angélica López, por las entrevistas que realizaron.

A todos ustedes, que me dieron ánimo y expresaron grandes opiniones sobre *Las brujas*, les dedico:

Luna negra

GLOSARIO

Profecía, libro 1, *Las brujas:*

Sangre selecta y orgullo vencidos por el traidor, el castillo negro invadido, dividido y el Nemester embravecido, guarda esto en la memoria pues los cielos arderán y los demonios del Maligno renacerán, una vaga salvación dentro y fuera de las tierras mágicas, opacada con poder oscuro en la luna negra yacerá. En el ocaso de las altivas, surgirán poderosas las malditas, una a una las cadenas se romperán y las prisiones se abrirán. En el ocaso del astro rey, la luna negra surgirá, aprisionada por magia negra la oscuridad llegará. En el ocaso del astro rey, ella, la única, será seducida, la más poderosa sin piedad humillada y gloriosa por siempre, la desterrada.

Tather:

La Yaram revela a las brujas traidoras uno de los secretos de los cielos y ellas conjuran en el caldero de piedra, donde se muestran cuatro Tather necesarios para vencer a Esthera. La perla negra del reino de las sirenas, la escama del Vaner de las sombras en la caverna de los dragones, el alma de la profetiza y el burdo portal de piedra de la gloriosa tierra de Baruk.

Nemester:

Terrible y despiadado desierto que alberga a las criaturas desterradas. Lugar árido y desolado donde se encuentra el tétrico monte de Anem.

Castillo blanco:

Construido con sacrilegios y la sangre de criaturas inocentes en la cima del monte de Anem, es el lugar donde se planeó la venganza para derrotar a Esthera y reivindicar el antiguo orden donde el poderoso ejercía fuerza sobre el más débil.

Salón de los portales eternos:

Conjurado con magia negra en el castillo blanco del hechicero Blasem, muestra a sus visitantes el sol brillante y los portales necesarios para conjuros malignos.

Portal de coral:

Conjurado en el salón de los portales eternos, lleva a Ecinereb y Losimar al reino de las sirenas para buscar el Tather, la perla negra.

Portal de lava:

Conjurado en el salón de los portales eternos, lleva a Ariam y A-nilau a la caverna de los dragones para buscar el Tather, la escama dorada del Vaner de las sombras.

Portal de piedra:

Último Tather revelado en el caldero de piedra, es el que llevará a las brujas traidoras a la gloriosa tierra de Baruk, donde buscarán un mestizo para sacrificarlo y obtener el poder de la profecía.

Enar:

Raza de hombrecillos que viven en la ciudadela Trasha y son los encargados de cultivar. También conocidos por ser excelentes escultores, en especial con la madera. Conocedores limitados de magia.

Guardianes en las ruinas del olvido:

-Anibia: espíritu selecto de sirena, quien dio su vida luchando contra serpientes marinas y salvó a un centenar de infantes en las profundidades del océano.

- Catón: espíritu selecto en la raza cater, conocedor de las cavernas de Aterán, fue el elegido para llevar a su raza a la protección de Ánakran.

- Une: espíritu selecto en la raza extinta de gigantes, el único que se reveló al antiguo orden y el único que fue perdonado por las brujas triunfantes. La raza de los gigantes, se dice, fue totalmente aniquilada.

Wata:

Numerosa raza carente de magia, de baja estatura, cubiertos siempre por túnica roja que los protege del sol, ya que su piel es muy delicada. Realizan trabajos dentro del castillo negro, rara vez se les observa durante el día. En el orden establecido fueron rescatados de la esclavitud de la raza fénix e invitados a vivir en los bosques del Ebrather.

Vaner de las sombras:

Hijo del Maligno. Criatura terrorífica de siete brazos con el cuerpo cubierto de escamas doradas. En la batalla de los cielos fue aniquilado por uno de los ángeles de la Divinidad que logró separar una de las escamas y hundir su espada en el pecho. El Vaner quedó moribundo en las tierras Ashaleas, le rogó a Nar que volviera a unir la escama con fuego para recobrar sus fuerzas, pero lo ignoró y la hurtó para dar longevidad a su raza dejándolo morir.

Garra del demonio en cataratas Duret:

- Bamal: fiel servidor de la oscuridad y demonio preferido del Maligno, dejó como ofrenda uno de sus seis brazos bajo las cataratas Duret para servicio de magia oscura.

Ánakran:

Paraíso terrenal para razas fieles a la magia blanca. Su ingreso para vivir es selecto y su expulsión inmediata ante cualquier traición.

Tierra mestiza:

Enigmático lugar para las criaturas mágicas. Se dice que al pisarlas pierdes el poder y mueres.

Ruinas del Olvido:

Ubicadas en cualquier lugar de Ánakran, aparecen cuando se necesita el consejo de los sabios.

LENGUAJE ANTIGUO

Usado en el antiguo orden, facilitaba el uso desmedido de magia negra y fue prohibido después de la guerra por el fuego eterno.

-¡ABORTOME SALUSCOR, IRUMAN ABORTOME SALUSCOR, ISATER, QUIMISERA DE VERÚ!:
¡ESCUCHA MI VOZ, ATIENDE SU ORDEN Y ABRE LAS PUERTAS A LOS AMIGOS DEL CASTILLO NEGRO!

-¡HUMERO RAPELÁ!
¡PODER DEL AVERNO!

UKARE-OCUR, CAUDAL-PARETÓ:
MAGIA OSCURA, PROHÍBE TU LLEGADA

¡SALLUCRÉ!
¡LIBERA Y RETROCEDE!

¡OCURAE-MORTAE!
¡MUERE OSCURA, MUERE MALDITA!

UVERA-PROTTER
MAGIA BLANCA ES TU ESCUDO

Tormenta Negra
Monte de Anem
Bosque deprimente
Desierto Nemester
Tierra selecta Anakran
La Asea

Isla de las Musas
Ebrather
Lago Acrat

Capítulo I

Tormenta negra

El astro rey ilumina el vasto océano, la mañana es tranquila y la brisa del mar es tan débil que solo acaricia las aguas carentes de olas. Una rara ocasión donde se admira el océano en calma.

La grandeza del reino marítimo es imponente bajo la protección de Erak, quien lo domina y mantiene a salvo. La paz ha reinado desde que Esthera venció a sus hermanas en el lago Acrat y las desterró al Nemester. Erak participó y triunfó. Ese gran suceso le dio fama de soberano poderoso e indestructible.

Un numeroso grupo de aves rosadas surca los cielos realizando giros precisos y estilizados. A la par, otro grupo de peces voladores salta armonioso rompiendo la quietud del agua. Pareciera que ambos grupos rivalizaran para demostrar quién realiza los mejores movimientos.

De un momento a otro, aparecen gruesas nubes de tormenta que rápidamente se extienden y cubren un extenso territorio opacando la luz del sol. Tal parece que algo oscuro está por suceder.

Un fogonazo surge en el cielo y aparece flotando un portal de agua. Un momento después, son expulsados dos destellos de fuego rojo que evaporan el selecto líquido para cerrar el pasaje.

—¡Maldita Esthera!

Losimar apaga su fuego de poder y lleva sus manos al cuello para aminorar el dolor.

—¡Sí!, ¡sí! —Ecinereb apaga su fuego y jadea enfurecida—; ¡maldita sea!, jamás creí que un hechizo de ella fuera más poderoso que el caldero de piedra, ¡la odio!, estoy harta de huir, ya no sé qué hacer, tal parece que todo lo que hacemos jamás será suficiente para derrotarla.

Ambas permanecen flotando a gran altura, enfundadas en túnicas blancas se miran enfurecidas e impotentes ante el poder de su

hermana. Losimar, con los ojos llenos de lágrimas, refleja frustración, pero su orgullo le impide que brote ninguna.

De pronto, las aves rosadas que tranquilamente vuelan muestran un comportamiento inesperado, los giros precisos que ejecutan se interrumpen violentos y huyen en distintas direcciones. Los peces realizan un último y torpe salto y se sumergen en las profundidades escapando de la maldad que su instinto les revela.

El viento se hace presente y rompe la quietud que hace unos momentos reinaba, las olas comienzan a elevarse y a mover el océano de forma agresiva.

Losimar y Ecinereb sonríen, pues el viento trae a ellas un alarido tan fuerte y escalofriante que les asegura respuesta del Averno ante el temor de ser vencidas por Esthera.

—¡El Maligno ha escuchado nuestras inquietudes! —dice Ecinereb en tono maquiavélico—; y nos envía el poder del Averno.

—Lo hace, hermana, debemos tener más confianza en la oscuridad.

El alarido calla y una explosión surge frente a las brujas, el fuego creado se mantiene flotando y lentamente se divide en dos.

—El Maligno nos ofrece su poder —dice Losimar—; con gusto lo acepto.

Losimar se une al fuego y Ecinereb hace lo mismo. Ambas gritan de dolor, pues el poder oscuro las consume.

El suplicio dura breves momentos y después el fuego desaparece. Ecinereb y Losimar han probado por segunda vez el doloroso contacto de la oscuridad y la posterior euforia que les causa estar en contacto.

—No puedo esperar a realizar el brebaje de la profecía —dice Ecinereb—; en este momento aseguro que puedo vencer a Esthera e imagino lo que haré con ella cuando obtengamos el poder supremo, la mataré de una forma lenta y sumamente cruel.

Losimar sonríe al escuchar la sentencia para su odiada hermana.

—Me siento extraña, me parece saberlo todo, incluso me atrevo a decir que percibo la presencia…

—De ella, de esa maldita —termina la frase Ecinereb—; no está cerca, de eso estoy segura, pero me sería fácil encontrarla.

Las dos se miran con extrañeza y Losimar sigue sonriendo.

—Antes no podíamos sentirla, la magia del Averno nos hace poderosas.

Ecinereb corresponde la sonrisa.

—Es verdad, me siento eufórica y con deseos de asesinarla; en este momento, creo que puedo hacerlo sin temor a su poder.

—¡Espera! —Losimar tiene que frenar los pensamientos de Ecinereb, pues tuvo el mismo pensamiento apenas hace unos momentos cuando conjuraron el caldero de piedra—; si el Maligno nos hubiera dado el poder suficiente para derrotarla, no buscaríamos ningún Tather para formar la profecía, tan solo hace unos momentos estuvimos a punto de ser aniquiladas por su hechizo.

Ecinereb la mira con fastidio, sabe que Losimar tiene razón y escupe a un costado en señal de desprecio. Por un momento, queda inmóvil admirando el océano, sus cabellos negros y rizados se mueven con el viento y la túnica blanca que la cubre se adhiere a su cuerpo.

—Necesito descargar mi furia —Ecinereb mueve sus manos en amplio círculo—; el poder oscuro que recibimos quiere estallar en mis entrañas, debemos usar magia negra.

Losimar entiende rápidamente lo que debe hacer y se une a la maldición, se posiciona frente a su hermana y la toma fuertemente de los brazos para conjurar la tormenta negra.

—¡JURAMENTO DE SANGRE, QUE DESTRUYE AL ENEMIGO!, ¡OCULTAS A SU INTELIGENCIA Y PODER ESTAREMOS!, ¡CON LA DAGA SEÑALANDO A SUS ESPALDAS!, ¡EL CERTERO GOLPE CONSUMAREMOS!

Un sonido grave recorre las negras nubes y de sus cuerpos surgen dos poderosos destellos que viajan al océano y lo golpean levantando agua a gran altura.

—¡TORMENTA DE FUEGO ENTRE EL CIELO Y EL MAR!,

¡CREADA CON PODER DEL AVERNO!,
¡OCULTARÁS LA MAGIA NEGRA DEL CALDERO!,
¡HABRÁ TERROR EN LA LEJANÍA!,
¡SIMULARÁ PAZ EN EL INTERIOR!,
¡PERMITIRÁ HURTAR EL TESORO!,
¡DERROTAR AL SOBERANO!,
¡TENER LA PERLA NEGRA EN NUESTRAS MANOS!
¡Y CON ELLO, LA EXTINCIÓN DE SUS HERMANOS!

La tormenta se maximiza y en toda la extensión de nubes se desprenden poderosos rayos que danzan espeluznantes entre el cielo y el mar originando olas gigantescas. El ruido ensordecedor de la tormenta causa una sensación de incertidumbre y miedo.

—Es el momento.

Ecinereb sonríe maquiavélica y Losimar corresponde.

—No tendré piedad para Erak ni su estirpe, me vengaré de la supuesta victoria en el lago Acrat.

—Lo lamentará, Losimar, eso es seguro.

Las dos brujas, aún tomadas de los brazos, permanecen flotando y ven con agrado el mar embravecido y el impactante espectáculo del conjuro. A lo lejos, fuera de la tormenta negra, se eleva majestuoso el volcán Dabar.

—Hacia allá está el reino de Erak —Losimar suelta los brazos de su hermana y señala el horizonte—; suficientemente lejos para llevar a cabo nuestros planes.

Ecinereb suspira hondamente y mira con desprecio el volcán, sabe que a sus pies, en las profundidades, está la perfecta ciudadela de Erak y se prepara para devastarla.

—No sabemos lo que encontraremos allá, Losimar, pero la perla negra será nuestra y disfrutaré demasiado si oponen resistencia para mostrar que el Averno está de nuestra parte.

—A mí no me importa si ponen resistencia o nos ofrecen la perla para evitar muertes, de cualquier manera haré el peor daño a la raza del mar, les dejaré claro que el triunfo de su amado rey solo se debió a la magia de una bruja y que al llevarnos su tesoro

estamos por rebasar ese poder. No tienen idea del sufrimiento que tendrán al restablecer el antiguo orden, ya no habrá nadie que los proteja, ni su rey ni la maldita Esthera.

Ecinereb escupe nuevamente mostrando el repudio que siente al escuchar el nombre de su hermana, lentamente baja la mirada y, ante el destello de un rayo, descubre algo entre el fuerte oleaje.

—¡Uno de los vigías de Erak está en la superficie!

—¿En dónde?

Ecinereb señala las olas y Losimar también lo puede ver.

Un soldado del reino de las sirenas asoma su torso fuera del agua. Es grande y musculoso, de piel azulada, cabellos largos y grises, lleva en su mano un fuerte arpón de roca y se muestra nervioso. Con suma rapidez, esquiva los rayos que danzan cerca de él y que seguramente lo matarían al contacto.

El vigía, de rasgos toscos y ojos marrones, mira a todos lados, pues debe llevar un informe a su rey sobre la tormenta negra que se ha conjurado sobre sus dominios.

Losimar dicta sentencia:

—¡Debe morir! Si nos descubre, de nada servirá la tormenta.

—Morirá —responde Ecinereb.

Ambas se dejan caer al mar; los vientos, relámpagos y el estruendo de la tormenta evitan que el soldado advierta la amenaza.

Ecinereb y Losimar nadan sigilosas, casi seguras de que el terrible espectáculo mantendrá distraído al vigía.

—¡Observa el poder de las brujas! —grita Ecinereb cuando la distancia entre ellos es mínima— ¡porque es lo último que verás!

El soldado se sobresalta y gira violento. Su rostro se tiñe de asombro al ver a dos brujas en los dominios de su rey. De inmediato sabe que algo terrible está por suceder y aunque su poder es inferior ante la magia de brujas, intenta detenerlas. Su voluminoso cuerpo se eleva sobre las olas mostrando las escamas grises de su cola y rápidamente levanta el arpón para asesinarlas, pero Losimar da una fuerte palmada a las aguas revueltas y de inmediato se forman dos brazos cristalinos que lo sujetan con fuerza.

El soldado lucha violento, en vano trata de escapar, sus ojos, antes marrones, cambian a negro y las amenaza:

—¡Con esto no podrán evitar que el poderoso rey Erak las descubra, su inteligencia y magia es tan grande como ninguna!

Por respuesta, Losimar lanza los brazos al viento y su hechizo hace lo mismo; el guardia de Erak es arrojado a gran altura y al caer nuevamente es aprisionado.

—¡Mi rey acudirá! —grita el soldado— y no tendrá compasión para ustedes, les mostrará el poder del océano y se arrepentirán.

Losimar lo mira con odio, abre una de sus manos y con la otra golpea fuertemente su palma. Los brazos de agua obedecen dando tremenda golpiza al soldado.

—Ya no quiero escucharte.

Losimar levanta el brazo y cierra fuertemente la mano; el soldado jadea débil, pero trata de huir.

—¿Lo matarás tan rápido?

—Para qué demorar la derrota de su rey.

—Ten cuidado, Losimar; aun después de la golpiza, se resiste.

—Ya verás que no podrá escapar.

Losimar sonríe y mueve el brazo buscando encontrar un rayo. No le es difícil, pues la tormenta está plagada de ellos.

El soldado retoma fuerzas y las mira furioso aun sabiendo que su final ha llegado.

—¡Fracasarán, brujas!, seguro estoy de que mi rey viene en camino y las destruirá.

Losimar le sostiene la mirada.

—¡No lo hará!

En ese momento, un rayo de la tormenta golpea el maleficio partiendo en dos el cuerpo del soldado. Losimar baja la mano y los brazos de agua se desvanecen en el océano mientras el cuerpo cercenado del soldado se hunde en las profundidades.

—¿Escuchaste la estupidez de sus palabras?

—¡Sí! —responde Ecinereb maquiavélica—, tenemos ventaja

sobre la raza del mar, pues al parecer recuerdan nuestra derrota en el lago Acrat y se creen superiores a nosotras las brujas.

—Peor para ellos; después de aquella victoria, la excesiva confianza los hace vulnerables.

Ambas muestran soberbia y seguridad al referirse a la raza del océano. Ecinereb toma de la mano a Losimar.

—Haremos un conjuro para transformarnos en sirenas.

Losimar muestra repudio al escuchar el plan.

—¡Qué asco!, pero no tenemos opción, hagamos el maleficio.

Las dos se toman de la cabeza y cierran los ojos para conjurar.

_¡TRAICIÓN CONSUMADA EN EL CUERPO ENEMIGO!, !EN LA PROFUNDIDAD, EL PODERÍO DEL REY, ANTE EL MALIGNO SUCUMBIRÁ!, ¡LA ESTIRPE DEL ORGULLOSO VENCEDOR, LA DERROTA CONOCERÁ!

Ecinereb y Losimar liberan sus cabezas y las echan hacia atrás sujetándose ahora de los brazos. Las túnicas blancas que llevan puestas se desprenden mostrando sus bellos cuerpos desnudos y un segundo después se ajustan de la cintura girando y aprisionando sus piernas para transformarlas en escamas de sirena.

Los cabellos de Losimar y Ecinereb se tornan blancos y sedosos, pues el color de las escamas determina el de los cabellos.

—Ya terminó —Ecinereb abre los ojos—, pero mi visión es muy rara.

—Lo sé —Losimar inspecciona los ojos de Ecinereb hasta verlos negros en su totalidad, pues es una característica de las sirenas—; la transformación está completa, en unos momentos te acostumbrarás y bajo el agua tendrás la visión de las miserables sirenas —Losimar busca torpemente algún punto en el horizonte—. ¿Hacia dónde está el volcán Dabar?

—Hacia allá —Ecinereb señala un punto donde la tormenta de rayos deja de existir—; la distancia es grande, pero es necesario atraer a Erak y alejarlo de su reino con la tormenta negra.

—No perdamos tiempo —Losimar da una palmada al agua—; la perla negra nos espera.

Losimar y Ecinereb realizan un delicado salto y se sumergen rumbo a la ciudadela de Erak. Ambas lo hacen con cautela, evidentemente tensas por el posible encuentro con algún grupo de soldados.

Si bien la tormenta es demasiado extensa y no revela el lugar donde se ha conjurado y seguras de que aniquilaron al único que descubrió el maleficio de brujas, aun así se sienten intranquilas y prefieren avanzar alertas.

Por esta razón y con la perfecta visión de sirena, ambas pueden escudriñar en las profundidades. El océano es similar a la superficie, grandes valles ocupan largos territorios, llanuras interminables y elevadas montañas que incluso sobrepasan los límites formando islas. Lugares áridos y otros bellamente adornados con la espesura de la vegetación marítima.

Losimar y Ecinereb observan todo a su paso, pero no se permiten expresar admiración, la simple idea de halagar el dominio del enemigo resulta ofensiva, además, nadar en su territorio, tratando de pasar inadvertidas, es lo que más les preocupa, así que las sombras y posibles escondites de algún miembro de la raza del mar captan más su atención, pues no dudarán en aniquilar a quien pueda dar voz de alarma sobre su presencia.

Un gran lapso de tiempo es necesario para vencer el territorio que las separa del preciado tesoro. Ecinereb y Losimar miran hacia arriba y en la lejanía de la superficie se admiran tenues los rayos del sol, lo cual indica que sobrepasaron la tormenta negra y pronto verán la ciudadela a los pies del volcán Dabar.

—No puedo creer lo rápido que nadan estos animales.

Ecinereb sonríe ante el comentario de Losimar.

—Son peor que eso —coincide Ecinereb—; inferiores que recibirán su merecido.

Ecinereb y Losimar nadan hasta lo más alto de una loma y se detienen. Desde ahí pueden apreciar la gran ciudadela de Erak. En la lejanía, admiran el inmenso terreno que cubre el reinado, es sin duda vasto y luminoso y se extiende desde la loma donde están observando hasta perderse detrás del volcán.

Las callejuelas y grandes construcciones cercanas a la loma se aprecian iluminadas con estilizados faroles de coral que tienen fuego mágico dentro y los palacios que sobresalen por su tamaño se visualizan con luz propia. Aunque Ecinereb y Losimar jamás harían un comentario halagador, es su semblante el que delata la gran impresión que les causa estar frente a tan maravillosa ciudadela.

Los ojos de ambas siguen escudriñando, tratando de visualizar cuál es el camino más rápido y seguro para llegar al castillo, pues está situado en las faldas del volcán, pero muy alejado de donde se encuentran ahora.

La fortaleza del soberano del océano parece ser de lava volcánica, de formas irregulares pero perfectas, en verdad un castillo impresionante.

—¡Vaya!, el castillo está muy lejos —dice Losimar—; este lugar es perfecto para verlo caer.

—No creo que sea posible verlo —le indica Ecinereb—; tomaremos la perla y tendremos que huir.

—Pues es una lástima.

En ese momento, en la torre más alta del castillo se enciende una luz cegadora que gira lentamente cual si fuera un faro de la superficie.

Losimar abre los ojos entusiasmada y pregunta:

—¿Crees que sea la perla negra?

Como respuesta, Ecinereb sonríe maquiavélica indicando que es cierta la suposición.

—¡No puedo creerlo! Erak es tan imbécil que deja vulnerable su más preciado tesoro.

—Espera, Losimar, no creo que sea tan fácil robarla.

—Para mí esto es suficiente, no creí que consumar la venganza me sería tan fácil, pensé que el tesoro estaría escondido en algún lugar secreto, pero verlo así, tan expuesto, me hace pensar que Erak es tan soberbio que jamás creyó que alguien viniera a robarlo.

Losimar mira incesantemente la torre, pero Ecinereb la toma del brazo para advertirle.

—Lo haremos con cautela; si te dejas cegar por tus sentimientos de venganza, lo echarás a perder.

Losimar parece no atender la advertencia y sonriente se libera de la mano de Ecinereb.

—¡Te lo advierto, Losimar, no hagas estupideces!

Losimar la ignora, lentamente se aleja con rumbo a la ciudadela nadando con gracia, pensando quizás en la venganza y Ecinereb no tiene más remedio que seguirla para asegurar que su distracción no sea una falla.

Solo un breve terreno de coral multicolor las separa de las primeras moradas. Ecinereb y Losimar lo recorren rápidamente y se detienen una vez más para decidir por cuál callejuela será más seguro su camino al castillo.

Ecinereb señala una pintoresca callejuela con faroles de color azul.

—Me parece discreta, es algo solitaria.

—Como gustes —contesta Losimar—; cualquier camino que nos lleve al palacete de Erak.

Ecinereb y Losimar se desplazan cual bellas sirenas por la callejuela designada, tratando de fingir que el paisaje es cotidiano, pero la belleza de la ciudadela las hace mirar a todos lados dejando en evidencia su procedencia foránea.

La perfección de las viviendas de coral es espectacular, además de que los súbditos de Erak han logrado una civilización por demás avanzada. El funcionamiento del entorno es simplemente perfecto.

—Casi me resulta imposible no levantar el rostro, Ecinereb, y no creas que lo hago de buena gana, mira hacia aquella vivienda —Losimar señala una casa más adelante—; en el frente se encuentra una vieja sirena que se dedica al comercio, creo prudente indagar sobre la perla negra usando la manipulación de su mente.

Ecinereb se desliza frente a Losimar para detenerla.

—Ten cuidado, las sirenas más viejas pueden dominar la mente al igual que nosotras, creo que es mejor tratar con alguien más joven.

Losimar hace una mueca y la tranquiliza.

—Vamos, Ecinereb, que sería de la vida si no hay peligro.

—¡Te digo que esperes! —Ecinereb trata de sujetarla de la mano, pero Losimar la esquiva—; ¡no cometas ninguna estupidez!

Losimar avanza sin escuchar las advertencias de su hermana, se acerca cautelosa a la sirena tratando de no mirarla a la cara, finge ser alguien sin importancia y se inclina un poco para ver de cerca las peculiaridades que tiene sobre los pequeños anaqueles de roca.

—¡Mira nada más!

Ecinereb llega a los estantes y Losimar le muestra una caja de cristal que tiene en su interior un bello pajarillo de plumas rojas sobre una ramilla de madera.

—Es como si fuera una pecera de la superficie.

La sirena dueña del comercio se había mantenido observándolas de reojo y se estremece al escuchar las palabras de Losimar.

—¿Has estado en la superficie?

La voz chillona de la sirena es molesta, pero Losimar la ignora y acerca su oído a la caja de cristal para escuchar las notas que canta el pajarillo.

—Es notorio que son extranjeras —insiste la sirena viendo que tampoco Ecinereb se digna a mirarla—. Si vienen de la superficie, es mejor que pasen a mi humilde morada, creo que puedo ayudarlas.

Losimar, aún sin levantar el rostro, la mira de reojo, la sirena es bastante fea, gorda pero de cara larga, tiene en su puntiaguda nariz dos enormes verrugas y en la barbilla otra más cubierta de vellos gruesos y negros, lo que la hace bastante repulsiva. El cabello es largo y desaliñado, de un color amarillento, al igual que sus escamas.

—Que sirena tan horrible —le dice a Ecinereb por medio del pensamiento—; yo pensé que todo y todos en el reino de Erak eran bellos, esta es tan fea que parece un Merak y por lo menos ellos son atractivos.

—Será mejor que nos vayamos de aquí —le contesta Ecinereb—; creo que esta sirena es bastante chismosa y puede descubrirnos.

—Peor para ella —Losimar deja la caja de cristal sobre un estante— porque caería muerta al instante.

La sirena, al ver que siguen sin contestarle, nada y se desliza frente a ellas.

—Les aseguro que puedo ayudarlas, el destino juega a su favor pues de todos los habitantes de la ciudadela han llegado precisamente con esta humilde servidora.

Ecinereb y Losimar la miran despectivas, nuevamente evitan entablar conversación y la esquivan para seguir con su camino, pero en ese momento se apaga la luz de la perla negra en la torre y surge una luz roja que causa pánico entre la población.

Ecinereb y Losimar observan a las pocas sirenas que transitaban la callejuela, nadan con rapidez para internarse dentro de las viviendas.

—Les repito que puedo ayudarlas y es mejor que acepten porque la luz roja revela problemas para los enemigos del rey Erak.

Las palabras de la sirena alertan a Ecinereb y por primera vez la mira sin precaución.

—¿Qué es lo que sabes?

—Yo sé que ustedes son brujas.

Losimar se enfurece al sentir que su venganza se puede ver frustrada y se le acerca violenta.

—Nos has descubierto, maldita sirena, y si no quieres caer muerta en este mismo instante, deberás seguir mis órdenes, no trates de hacer algo en nuestra contra, ni mucho menos dar la voz de alarma, te aseguro que no alcanzarás a pensarlo.

La sirena la tranquiliza con su voz estridente.

—Te aseguro que seré de ayuda, en este momento el poderoso ejército de nuestro rey saldrá a verificar una muerte y el origen de la tormenta negra en los límites del reino.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi conocimiento sobre casi todas las criaturas de la ciudadela me asombra a mí misma —dice con orgullo la sirena—; tengo un extraño don para que cualquier información venga a dar a estos

bellos anaqueles; si quieres saber algo, sea lo que sea, yo lo sabré, incluso el estado del tiempo y los chismes de los vecinos también.

Losimar se desliza junto a Ecinereb y le dice:

—Creo que no debemos escucharla, puede ser una trampa, trata de envolvernos para dar la voz de alarma.

—¡Cállate, estúpida! —Ecinereb la mira con enfado—; por tu imprudencia estamos en esta situación, te dije que no era la sirena indicada.

Losimar la mira enojada, no está acostumbrada a que nadie, ni siquiera Ecinereb, le hable de ese modo, pero sabe que cometió un grave error y guarda silencio.

—En verdad les digo, brujas —la sirena se posiciona junto a la puerta de su morada y la abre para que entren—, no sería tan tonta para enfrentarme a dos de las seis brujas nacidas bajo la luna eterna.

Losimar y Ecinereb se estremecen.

—Sabes mucho de nosotras —insiste Ecinereb—; dímelo todo inmediatamente, porque mi paciencia es poca.

—Está bien —les responde tranquilamente la sirena—, pero entren rápido porque los Samullen no tardarán en llegar.

Ecinereb va seguir con las preguntas, pero la sirena entra a su morada con cierto pánico en el rostro.

—Vamos adentro —le ordena Ecinereb a Losimar—, pero estaremos preparadas para lo que pueda suceder.

La sirena espera a que entren las brujas, saca su brazo fuera de la vivienda y toca rápidamente uno de los estantes. De inmediato, el coral de la vivienda se extiende y cubre totalmente la mercancía.

—Ahora sí —la sirena cierra la puerta y nada hacia las brujas—; debemos permanecer con la iluminación apagada porque los Samullen pueden percatarse de que ustedes no son sirenas.

—¿Y crees que tenemos miedo? —Losimar apenas se vislumbra con la luz rojiza que entra por un ventanal—. ¡Somos brujas!, la raza selecta de las tierras mágicas.

—Claro que no tienen miedo y por eso debo evitar que sean

descubiertas y que sus planes de robar la perla negra sean truncados.

—¡No agotes mi paciencia! —le amenaza Ecinereb—; sabes demasiado de nosotras.

La sirena nada rápidamente y levanta la mano para que Ecinereb guarde silencio.

—Silencio, por favor, ese ruido que se acerca revela que los Samullen están por llegar.

Un zumbido extraño y estridente hace vibrar el entorno del saloncito, el agua que las rodea parece recorrerlas de pies a cabeza escudriñando todo para encontrar a quien produjo la tormenta negra.

—Ustedes tranquilas, las vibraciones son producidas por los Samullen, pero si permanecen quietas, no encontrarán nada.

—Qué desesperante —se queja Losimar—; nunca he tenido que esconderme de nadie.

—Por esta vez —le advierte Ecinereb—, espero que entiendas que debemos ser precavidas para triunfar, así que, ¡no te muevas!

Los ojos de Losimar, aun en la penumbra, brillan con enfado, pero un leve sonido de la sirena les indica que guarden silencio.

—Han llegado —anuncia quedamente.

La sirena se acerca cautelosa a la ventana y queda inmóvil cuando dos criaturas parecidas a pulpos permanecen frente a ella mirándola con sus ojillos negros.

—Más les vale que no entren —susurra Ecinereb.

—Yo sé que los Samullen no entrarán en mi morada —responde la sirena—, puesto que les proporciono artículos prohibidos.

Los Samullen siguen observando a la sirena a través del cristal, se acercan amenazadores y pegan sus tentáculos sobre la morada ocasionando que la sirena se ponga tensa porque ha notado que las brujas se han puesto en guardia.

-Pierden su tiempo —les dice a los Samullen para tranquilizarlos—; ya saben que soy su aliada y de ninguna manera conspiraría en contra del rey.

Un grito se escucha en la callejuela y los Samullen giran sus enormes cabezas en esa dirección.

—Se lo dije, pierden su tiempo y si el enemigo es poderoso, sus compañeros no podrán detenerlo.

Las últimas palabras de la sirena resultan efectivas ya que estaban a punto de abrir la puerta para entrar y revisar.

—Cualquier señal de alarma, yo encontraré los medios para avisarles.

Los Samullen hacen un breve escrutinio más, pero ante la voz segura de la sirena se alejan por la callejuela iluminada de rojo.

—Se han ido —la sirena toca el coral que está sobre el ventanal para que también lo cubra y evite cualquier visibilidad al exterior—; creí que entrarían.

—Por algo será —dice Losimar ya en la oscuridad total—. Dices que les provees de material prohibido pero dudo que confíen en ti.

—Tienes razón, bruja, puede ser que no confíen.

La sirena hace que un animalejo pegado en la pared brille con luz blanca y nuevamente pueden verse.

—Qué pintoresca resulta ser tu morada en el interior.

Ecinereb observa con detenimiento los muebles de coral que adornan el pequeño salón.

—Celebro que te gusten.

—No dije que me gustaran, son simples y pintorescos, solo eso, ahora dime, ¿por qué conoces nuestro linaje y los planes para robar la perla negra?

—Primero debo decirles mi nombre.

Ecinereb y Losimar hacen muecas de indiferencia pero la sirena las ignora.

—Me llamo Leta y soy una sirena que apuesta al más poderoso, estoy orgullosa de mi raza, pero he admirado siempre la magia de ustedes las brujas.

—¿Quieres ir directa al punto? —le exige Ecinereb con impaciencia.

—Está bien —contesta Leta aún más desilusionada—. Explicaré primero que los Samullen son criaturas poderosas y no es que posean magia, sino que es imposible engañarlos, son fieles emisarios del rey Erak y en momentos como este, cuando el reino se observa amenazado, salen de sus cuevas y buscan en todos los lugares para atrapar al fugitivo, en este caso por la tormenta negra que revela que hemos sido invadidos.

—Pudimos matarlos fácilmente —dice Losimar entre risas—; sería tan sencillo hacerlo.

—No lo dudo porque el poder de las brujas es grande, pero la magia de los Samullen consiste en que, al visualizar al fugitivo o sentir su presencia, el jefe es advertido y el rey Erak estará alerta para repeler el ataque, para este momento ya estaría aquí para pelear.

Leta las mira fijamente y hace énfasis.

—Por eso evité que fueran descubiertas, yo quiero que posean la perla negra aunque la ciudadela pierda su fuente de poder y se destruya.

Las últimas palabras de Leta hacen que Losimar abra los ojos llena de felicidad y se acerque a ella demostrando cariño fingido.

—¿Cómo es posible eso? Explícate, por favor.

Leta sonríe pensando que finalmente se ha ganado su confianza.

—La perla negra es poderosa y la ciudadela se construyó usando su magia, así que, si es removida de la torre, el orden se terminará y la ciudadela se reducirá a escombros.

Losimar la escucha fingiendo inocencia y con ese mismo sentir le sigue cuestionando:

—Entonces, al robar la perla, ¿la ciudadela sucumbirá?

Leta asiente con la cabeza.

—Bueno —Losimar rompe en carcajadas—, no contaba con esta bella sorpresa.

Ecinereb y Losimar ríen diabólicas ignorando que Leta las mira espantada.

—Y ahora —Ecinereb deja de reír y se acerca a Leta—, revélame tu sabiduría sobre nuestros planes, porque puedo suponer que no eres profetisa.

Leta se desliza un poco hacia atrás, asustada por la mirada maquiavélica de Ecinereb, pero choca en la pared junto al animalejo de luz y nerviosa le relata una historia sumamente inusual.

—Debo confesar que entre nosotras las sirenas existe una bruja prisionera, ha permanecido secretamente en nuestro reino durante siglos y soy parte de sus fieles seguidoras, ella es sumamente poderosa y aun en cautiverio nos enseña las finas costumbres y actos de magia propios de su raza.

—¿Qué has dicho? —Ecinereb no puede creerlo y desconcertada se aleja de Leta—. Me resulta difícil creerte.

—Lo que digo es verdad. Mi maestra fue desterrada hace siglos por sus hermanas y permanece atada con magia negra en las profundidades del volcán Dabar, su cuerpo ha sido mutilado por lava hirviente, pero su deseo de venganza la ha mantenido con vida y con la esperanza de ser rescatada.

Losimar y Ecinereb se miran incrédulas, permanecen unos momentos sin hablar cuestionando la veracidad de la historia, pero Leta no se da cuenta y sigue explicando para tratar de convencerlas.

—Ha previsto también que un día como hoy llegarían dos hermosas brujas disfrazadas de sirenas, las cuales buscarían arduamente la perla negra del rey Erak, y también ha previsto que lograrán su cometido.

Leta las mira sonriente.

—No se preocupen, la perla casi es suya, pero antes de que se marchen con el Tather, mi maestra implora recibir la visita de las triunfantes.

Ecinereb y Losimar se miran vacilantes, nunca pensaron que una poderosa bruja, una de ellas, viviera en las profundidades del océano y mucho menos que tuviera previsto el robo de la perla negra.

—Tu revelación es importante —dice Ecinereb—, pero nos es imposible conocerla, el momento de conjurar el caldero de piedra

para llevar los Tather se acerca cada vez más y no podemos detenernos porque, si Esthera nos encuentra, arruinará todo.

Leta sonríe.

—¿Y que pueden temer dos brujas poderosas ante esa criatura llamada Esthera?

Ecinereb y Losimar se muerden con rabia los labios y lentamente y con profundo odio Ecinereb le contesta:

—Esthera es nuestra hermana, la bruja negra entre todas, la de mayor poder que nos ha desafiado y vencido a cinco de nosotras, no sabemos cómo lo ha hecho, pero las fuerzas de los blancos y las fuerzas del Averno le pertenecen, puede manipular igual la magia blanca que la negra.

La sirena abre la boca incrédula y antes de que pueda articular alguna palabra, Ecinereb levanta su mano en señal de silencio.

—Ahora entiendes la razón por la que no desviaremos la ruta del Tather, ni aun por una de las nuestras.

—Pero les aseguro que no tardaremos nada —suplica Leta— y prometo que las llevaré por un atajo secreto que les dará seguridad y rapidez para llegar al castillo.

Losimar y Ecinereb se miran vacilantes.

—Está bien —accede Ecinereb de mala gana—; llévanos con nuestra hermana en cautiverio. Solo dime una cosa: ¿cuánto tiempo tardaremos en llegar al centro del volcán Dabar?

—Menos que cruzar la ciudadela para llegar al castillo.

Ecinereb frunce los labios y ya convencida le sonríe.

—Pensándolo bien, será interesante conocerla, tendrá poderes proféticos y eso nos ayudará en la guerra.

Leta devuelve la sonrisa pensando que su maestra la recompensará.

—Te aseguro que haces lo correcto y pienso también que, si no la visitan, cometerían un grave error.

Ecinereb se le acerca con aire amenazador.

—No pienses ni asegures nada, limítate a llevarnos con la bruja.

Leta, temerosa, se echa hacia atrás y tira una delicada burbuja

verde que se rompe al tocar la arena del piso y libera el dulce sonido de campanas.

—¡Ay! —suspira con tristeza—, era uno de los artículos más preciados, por eso la protegía aquí dentro.

Ecinereb se cruza de brazos cubriendo sus perfectos pechos desnudos y la mira con impaciencia.

—¡Baratijas sin importancia!

Leta suspira una vez más, los constantes cambios de humor de las brujas la desilusionan, pero ante la posible recompensa de su maestra cautiva, prefiere no hacer caso de la maldad de las brujas.

—Síganme, por favor.

Leta se desliza hacia la puerta, la abre y les hace una ridícula reverencia.

—El camino será del todo placentero, veremos la ciudadela del rey desde distintos ángulos, además la luz rojiza que la opacaba ha desaparecido.

Ecinereb y Losimar salen de la pintoresca morada platicando entre risas.

—¡Ay, tan hermosa ciudadela! —dice Losimar—. Es una lástima que vaya a recibir una verdadera remodelación.

Leta finge una sonrisa mostrando remordimiento, después de todo, al traicionar a su raza, se traiciona a sí misma.

—Seguiremos por las afueras de la ciudadela —Leta nada hacia el lugar por donde llegaron las brujas hace un rato—; es preciso pasar inadvertidas por los Samullen.

—Pero, ¡dijiste que se fueron a los límites del reino! —le grita Ecinereb molesta—. ¡No me salgas ahora con que todavía merodean el lugar!

—No, no —titubea Leta—; es seguro que ya no están aquí, pues la tormenta resultó efectiva para dejar el palacio y la ciudadela con poca vigilancia.

—¡Te lo advierto, Leta!, si el maravilloso plan que ofreces no es efectivo, será el último para ti, ¡mueve tus escamas, sirena!, porque debemos ver a la bruja cautiva y robar la perla.

Leta abre los ojos asustada y con la velocidad característica de su raza sale de la callejuela seguida de Ecinereb y Losimar.

Las tres recorren rápidamente el terreno sin dar importancia a la belleza sin igual del fondo marítimo, cada una va sumergida en pensamientos personales: Losimar de venganza, Ecinereb de triunfo y Leta de miedo, vergüenza y cumplimiento para su maestra.

Tan ensimismadas van que sin notarlo llegan al nacimiento del volcán Dabar. Mientras en la ciudadela reina la luz y el coral multicolor, aquí todo es árido, completamente ausente de vida.

Aun así, las grandes rocas de lava endurecida y de formas caprichosas lo embellecen de forma extraña.

Leta detiene su nado, mira brevemente a las brujas y les señala una grieta.

—¿La bruja está allí? —le pregunta Ecinereb.

—Así es, como les dije, lleva siglos atada con magia negra. Será mejor que esperen aquí, debo revisar que nadie nos vea entrar al volcán.

Leta se desliza lentamente entre las rocas, es astuta y las usa para pasar inadvertida y llegar a salvo a la grieta. Ecinereb y Losimar se pegan a una roca que caprichosa tiene la forma de serpiente. Desde allí ven a Leta muy quieta y en silencio, observando cualquier movimiento para estar segura de que nadie las ha visto; después la ven hacer una seña que les indica que pueden seguir sin problema.

Losimar hace el intento de avanzar, pero Ecinereb la detiene del brazo.

—¿Crees que se atreverá a engañarnos?

—No lo creo; sé que cometí un error al relacionarme con ella, pero te aseguro que obtendremos ventajas.

—Tienes razón, Losimar. Fue una equivocación que espero se convierta en el mejor acierto. Leta es un poco tonta, pero parece que admira demasiado a nuestra raza.

—Tanto nos admira que será la culpable de que la suya sea exterminada; por fin Erak recibirá su merecido y vengaremos aque-

lla derrota, la raza del océano quedará como evidencia de muerte para todos los que aceptaron el orden establecido, así que seremos sumamente sanguinarias, que no quede nada y así comenzarán a temernos.

—Lo harán, Losimar, a partir de este día reconocerán que la magia negra es poderosa y que las brujas somos superiores, nuevamente reinaremos y el resto tendrá que ganar su lugar para no ser esclavizado.

—Vamos, hermana.

Ambas sonríen imaginando lo que viene para restaurar la supremacía de razas.